

Los sueños misioneros de Don Bosco

En tren, con el joven Luis, recorre toda América del Sur

El hijo del conde

El conde Luis Antonio Fleury Colle y su esposa, María Sofía, vivían en Tolón, Francia, desesperados por la salud de su único hijo Luis, de 16 años. En febrero de 1881, Don Bosco visitó Marsella. Le rogaron que fuera a *curar* a su hijo. Lo encontró postrado, pero descubrió en él un alma elegida y logró prepararlo para el cielo. Un mes después recibió la noticia de su muerte.

En este sueño misionero que meditamos, quien lo acompaña y guía es precisamente Luis Colle. La presencia de este joven carga el sueño con un sentido de misterio y enseñanza: ¡los jóvenes también son sus maestros!

El juego de la cuerda y los meridianos

Don Bosco se encuentra en una sala rodeado de gente desconocida que está hablando sobre tribus indígenas. Sobre una mesa hay una cuerda numerada con nudos que re-

feridos a los paralelos. Luis le indica tirar de la cuerda y, partiendo del «0», aparecen los números 20, 47 y 55.

Desde el primer cero hasta el número 55, era una extensión de tierra inmensa, que después de un estrecho mar, al fondo, se dividía en cien islas, de las que una era mucho mayor que las otras. (...) Mi joven amigo añadió: Pues bien, esas montañas son como una orilla, como un confín. Desde aquí hasta allá se extiende la mies ofrecida a los salesianos. Son millones de habitantes que esperan su auxilio, que aguardan la fe.

Dichas montañas eran la cordillera de los Andes de América del Sur y aquel mar, el océano Atlántico.

Simultáneamente, va descubriendo la variedad de sus habitantes y los preciosos tesoros que esas tierras encerraban en su seno: *carbón, petróleo, hierro, plata, oro, donde fueron colocados por las manos del Creador en beneficio de los hombres.*





Mi mirada adquiriría una visibilidad asombrosa. No encontraba obstáculos para llegar hasta el límite de aquellas regiones. No sé explicar cómo se verificaba en mi vista tan extraordinario fenómeno. A medida que yo me fijaba en un punto y este punto pasaba delante de mí, era como si se fuese levantando sucesivamente diversos telones, tras los cuales contemplaba distancias incalculables.

Don Bosco va pasando por todos los países de América del Sur y llega hasta el estrecho de Magallanes, y ve Punta Arenas. El tren va haciendo diversas paradas, pero él y el joven Luis continúan el viaje. En un momento, Don Bosco le dice: *Ya he visto bastante, ahora muéstrame a mis salesianos.*

Los salesianos en la Patagonia, más de 120 años después...

... Bajé del tren y me encontré inmediatamente con los salesianos. Había muchas casas y gran número de habitantes; varias iglesias, escuelas, varios colegios para jovencitos, internados para adultos, artesanos y agricultores y un dispensario de religiosas que se dedicaban a labores diversas.

Los salesianos eran muchos, pero no conocía a ninguno. Todos me contemplaban maravillados... y yo les decía:

—¿No me conocen? ¿No conocen a Don Bosco?

—Sí, sí, lo conocemos de fama, pero nunca lo vimos personalmente...

—¿Y don Fagnano, don Costamagna, don Lasagna, don Milanesio, dónde están?

—Nosotros no los conocimos. Son los que vinieron aquí, en los tiempos pasados, los primeros salesianos que llegaron de Europa a estos países. ¡Pero han pasado ya tantos años después de su muerte!...

¿Cómo lo lograrán?

Emprenden el regreso. El tren, entretanto, se acercaba al lugar de donde habíamos salido. —¿Quiere ver el viaje que ha hecho?, me dijo el joven Colle. Entonces extendió aquel mapa en el que estaba dibujada con maravillosa exactitud toda América del Sur. Aún más, allí estaba presentado todo lo que fue, todo lo que es, todo lo que será aquella región, sin confusión alguna, sino con una claridad tal que de un solo golpe de vista se veía todo.

Mientras contemplaba aquel mapa... me desperté. El sueño había durado toda la noche.

A lo largo del recorrido, Don Bosco se preguntaba continuamente: *—¿Cómo hacer? ¿Cómo evangelizar a tanta gente? ¿Cómo hacer para que los higos verdes (que le obsequiaron en un momento del viaje), maduren?*

Al final del relato, concluye: **Con la dulzura de San Francisco de Sales, los salesianos atraerán hacia Cristo los pueblos de América.**

La estrategia sigue siendo válida hoy: testimoniar el amor de Dios con la *amorevolezza* que lleva a los jóvenes hacia Jesús. **ES**

*¿Quiere ver lo que sucederá después? Venga. **Y subimos a un tren.***

Sin saber cómo, comenta Don Bosco, me encontré en una estación de ferrocarril. Subimos al tren. Salieron del puerto de Cartagena (Colombia), el tren tomó velocidad... Yo miraba a través de las ventanillas y veía desfilas ante mí diversas y estupendas regiones. Bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimos y majestuosos...